

Alberto Omar

Por Luis Ortega

El arte de escribir consiste, según Remy de Gourmont, en repetir cosas ya dichas y hacer creer a los lectores que se dicen por primera vez. La frase circula como moneda de cambio en tres décadas de amistad sin fisuras y en los encuentros ocasionales, menos de los deseados, ya sea en una empresa teatral, en un café fortuito o en los pasillos de un centro comercial a donde nos llevan las urgencias de las chapuzas domésticas; ahí, precisamente, recibí de sus manos *Inmenso olvido*, donde laten palabras, acentos y colores perdidos de los años universitarios, cuando entre clases, güisquis y sueños creímos en la fuerza demoledora del arte para cambiar cuanto nos oprimía y desagradaba.

Su última novela, por ahora, es un servicio impagable a los recuerdos comunes y una prueba de lealtad a un estilo que, depurado por el tiempo, conserva la pulsión de la inocencia y esa suerte de utopía sin adjetivos ni edad que anida en la buena gente. No resulta gratuito que el colofón esté fechado el Día de los Santos Inocentes y que el relato, en primera persona, fórmula que tango gusta al autor, nos devuelva la ideología y la estética del tiempo perdido, la extrema voracidad juvenil que abarcaba, desde el universo clásico al mayo francés,

en busca de percepciones y comuniones universales porque, contra la dinámica de la historia, la crítica de entonces satanizaba o ignoraba, en los casos más benignos, los campanarios y las pasiones locales.

Entre el puñado de escritores de todo pelaje que asomaron la cabeza en el zaguán de los setenta, Alberto Omar Walls fue una excepción ilustre, imposible e impasible ante las reducciones de los santones culturales que, por soberbia o comodidad, quisieron encajonarlo -a él y a otros tantos- en una parcela única. Sus dedicaciones e incursiones artísticas, originales y afortunadas, le sirvieron como herramienta básica para cada aventura a la que se entregó sin reservas y con correosa constancia contra el ambiente cultural que, baladronadas del destino, conserva tipos, mañas y tics heredados de la rancia dictadura.

"Prohibido prohibir", dice la protagonista que asume la esclavitud a un "orden puntilloso", un método intransferible que lleva al autor a articular y justificar las situaciones, las fábulas y las bilocaciones por las que, sin dejar un solo instante de ser él, comparte roles, espacios y tiempos con las criaturas que inventa y recrea, como la mística sor Juana Inés de la Cruz que aparece en el relato. Alberto es así y así piensa, escribe, actúa, dirige, vive.

[Diario de Avisos, Opinión, Nombre y Apellidos, 26 de abril de 2010]